

## PAUL CELAN

*discurso pronunciado al recibir el  
Premio de Literatura de la ciudad de Bremen*

Pensar y agradecer<sup>1</sup> son, en nuestro idioma, palabras que tienen uno y el mismo origen. Aquel que rastrea el sentido se interna en el ámbito del significado de palabras como: “reflexionar”, “recordar”, “memoria”, “devoción”<sup>2</sup>. Permítanme, pues, agradecerles de aquí en más.

El paisaje por el que yo -¡a través de qué rodeos! pero ¿es que acaso hay tal cosa: rodeos?- el paisaje por el que llego a ustedes pudiera ser desconocido para la mayoría. Es el paisaje en el que habitaba una parte considerable de aquellas historias jasídicas que Martin Buber nos ha vuelto a contar en alemán a todos nosotros. Era, si se me permite aún añadir algo a este bosquejo topográfico, lo que se me presenta ahora ante los ojos, desde muy lejos, era una zona en la que vivían los hombres y los libros. Aquí, en esta ex-provincia de la monarquía de los Habsburgo, caída ahora en la ahistoricidad, llegó a mí por primera vez el nombre de *Rudolf Alexander Schröder*, al leer la “Oda con la granada” de Rudolf Borchardt. Y allí adquirió Bremen también, tan vago para mí, la forma de las publicaciones de su prensa.

Pero Bremen, aproximada a través de los libros y de los nombres de quienes escribieron y publicaron libros, conservó el sonido de lo inalcanzable.

Lo accesible, lejos de por sí, aquello posible de ser alcanzado se llamaba Viena. Ustedes saben cómo, a través de los años, se dio con este acceso.

Accesible, próximo e intacto permaneció -en medio de las pérdidas- el lenguaje. El, el lenguaje, permaneció intacto a pesar de todo. Pero debió entonces pasar por su propia falta de respuestas, por un mutismo terrible, pasar por las mil tinieblas de la palabra que trae la muerte. El pasó por ahí

y no dio palabra alguna para lo que ocurrió, pero atravesó por este suceso. Pasó y debió salir a la luz nuevamente "enriquecido" por todo eso.

En esta lengua he intentado, en aquellos años y en los que siguieron, escribir poemas: para hablar, para orientarme, para averiguar dónde me encontraba y hacia dónde quería ir, para crearme la realidad.

Era, como ven, un acontecimiento, un movimiento, un estar en camino, era un intento por adquirir una dirección. Y cuando indago sobre el sentido de esto -así lo creo, al menos- se me ha de decir que en esta interrogación aflora también la pregunta sobre la dirección de la aguja del reloj.

Pues el poema no es intemporal. Reclama, ciertamente, infinitud, busca arise a través del tiempo, a través y no por encima de él.

El poema puede ser, dado que es, sin duda, una forma de aparición del lenguaje y, con ello, conforme a su esencia, dialógico, un mensaje en una botella, abandonado en la creencia -ciertamente no siempre esperanzada- de que podría ser lavado en cualquier momento, cualquier lugar junto a la tierra, junto a la tierra del corazón quizá. Es de este modo que los poemas también están en camino: se dirigen hacia algo. ¿Hacia dónde? Hacia algo abierto que puede ser ocupado, hacia Tú audible. Sobre tales realidades trata, pienso, el poema.

Y creo asimismo que ideas como éstas acompañan no sólo mis propios esfuerzos, sino también los de aquellos otros poetas de la generación más joven. Son los esfuerzos que constituyen la obra de los hombres, de aquel que, sobrevolado de estrellas, sin resguardo aun en este sentido hasta ahora inimaginado y con ello en lo más aterrador, a la intemperie, avanza con su existencia hacia el lenguaje, herido de realidad y buscando la realidad<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> En el original "Denken und Danken" (N. de la T.)

<sup>2</sup> En el original "gedenken", "eingedenksein", "Andenken", "Andacht". (N. de la T.)

<sup>3</sup> Texto incluido en *Ausgewählte Gedichte Nachwort von Beda Alemann*. Suhrkamp Verlag 262, 1968.

Traducción: Patricia Gola